

CANTOLOGIA

POEMAS

JOSE RIOS

SALTA



ACERCA DE UN PROLOGO

Escribir el prólogo de un libro de poemas, que sirva como “Discurso antepuesto al cuerpo de la obra de un libro de cualquier clase, para dar noticia al lector del fin de la misma obra o para hacerle alguna otra advertencia” como reza la definición de la palabra prólogo en el diccionario de la Real Academia Española y que, además, y por lo menos, no desmerezca la calidad del autor, no es tarea sencilla ciertamente. Por el contrario, lo es de gran responsabilidad y serio compromiso. Pues bien, ocurre que, precisamente, eso es lo que ha venido a pedirme que haga mi amigo José Ríos: un prólogo para una serie de poemas que, ya publicados en otros de sus libros conformarán “Cantología”, hermosa palabra que ha compuesto para darle nombre al nuevo volumen. Menudo encargo el que ha endilgado este buen hombre. Pero no le dije ni que sí ni que no, le dije que lo pensaría. Y, en efecto, tan pronto, concluyó su breve visita y se marchó, dejándome con sus poemas y el endoso, me puse a cavilar sobre la inesperada faena que se me proponía.

¿Qué podría decir si me decidiera a escribir ese prólogo?

Podría comenzar por incurrir en la consabida noticia biográfica pero, como eso sería redundante, desde ya queda descartado.

Podría decir que el carpintero y el abogado, cada uno en lo suyo, realizan sus trabajos conforme a su sapiencia y según las normas, principios o leyes de sus profesiones, pero sin el transcurrir, ni el modo de transcurrir, de sus respectivas existencias influyen para nada en sus obras. Contrario es el caso del artista. Azorín escribió una vez —él sí en un prólogo, el del primer tomo de las obras completas de Pio Baroja: “El arte es un trasunto de la vida; no hay arte sin vida. Y todas las características del artista se reflejan y contienen en sus hábitos, en sus costumbres, en su modo de preferir la vida” palabras en un todo aplicable para una descripción de José Ríos poeta.

Podría también ponerme a intentar un análisis de los poemas de esta “Cantología” al Río Bermejo, a Jujuy, a la Albahaca, a la Casa Vacía, al general don Martín Miguel de Güemes, a las Viñas Cafayateñas, al Gaucho, al Carnaval, y a Salta, en definitiva, pero si eso hiciera correría el riesgo de ser acusado de “ejercicio ilegal” de la crítica literaria. Sólo podría decir a ciencia cierta y sin invadir terrenos de otros, que los poemas son, realmente, cantos de alguien que se ha encontrado a sí mismo y con ello ha encontrado a la poesía, y de esos cantos que se gritan con la voz propia, la que reclamaba Borges “El deber de cada uno es dar con su voz. El de los escritores más que nadie”. Son cantos a la tierra, a sus paisajes, a su luz y a sus sombras, a sus animales y a sus ríos, a sus hombres y a sus héroes, a sus árboles y a sus hierbas, y también a los aromas, al menos el de la albahaca, cuya ausencia advertía el mismo Azorín y con acierto, en los literatos que describían la naturaleza.

Al llegar a este punto de mis cavilaciones me pregunté ¿si escribiera estas cosas en un prólogo, estaría dándole “noticia al lector del fin de la obra?” y la respuesta inmediata fue un categórico no. Entonces tomé mi decisión: no escribiré ningún

prólogo. Solamente le diré al lector encuéntrese usted mismo con la belleza y gócela en las páginas que siguen y que contienen “el cuerpo de la obra”, porque no otra cosa que la belleza es el fin de un libro de poemas.

Ramiro Peñalva

Soy el que canta detrás de la copla

.....

en la memoria del puro animal,

.....

***rama de sangre, florezco en el vino y el
amor bárbaro del carnaval***

Jaime Dávalos

AL RIO BERMEJO

Profundo surco en el monte de los naranjos y cedros,
amanecido en el fondo del norte final y espeso.

Fortaleza de la savia; reflejo oscuro del cielo.
Antiguo cauce del agua, liviano barro sediento,
eterno sobre la tierra caminando a pasos lentos.

Tajo rojo sobre el chaco –de espina, mugido y cuero–
lamiendo el sol del verano, sangrando lama y silencio,
abierto en la dimensión de los pulposos pomelos.

Horizonte movedizo de la memoria del tiempo.

Historias de cinco razas peregrinan este suelo,
desembocando en el clima de recios gauchos tigreros.

Herida profunda y ancha con el paisaje cubierto
que se dilata en el valle lloviznoso y maderero
hasta romperse en pedazos tropicales, sobre el Teuco.

Habitado por las formas inmemoriales del tiempo
que sobre la arena bailan inciertas danzas de sueño.

Ocultos entre el follaje se pierden largos senderos
que traen por las noches claras todo el ganado sediento.

El tigre espera la presa que el agua llama de adentro.

La furia de la tormenta le cae deshecha de truenos.
Cobre la arena blanda la quietud de un cementerio.
(Los árboles acompañan como cipreses abiertos).

La fiebre sale abrasando la carne de aventureros
con el puñal dividido por caravanas de insectos.

El indio sabe los pasos del recorrido sereno,
penetrando en el espacio de los dorados ligeros.
La fija se hunde segura para los huestes hambrientos.
Tambores de religión pasan colgados del viento,
entreverando los gritos alcoholizados y enfermos.

Rugidos de ágiles garras hacen de guardia al silencio.

Las sombras del contrabando ya esperan muerte o dinero

Derrama luto la noche con el chistido disperso
y el corazón de la selva se queda solo en misterio.

Escamas de plata y níquel los sábalos forman dentro
y treinta metros más abajo el mineral va disuelto.

Estira nácar la luna sobre su panza de hierro.

A JUJUY

Sermana de mi tierra en el paisaje
—apretada de luz y de agua clara—
acercándose al cielo luminoso
como un ramo de luna en la quebrada.

Junto al río que pasa por tu orilla
a otra orilla te vas enamorada
y te pierdes a veces cerro arriba
con tus calles angostas, desoladas.

Yo te he visto en la miel de mis amores,
cuando todo el invierno se ausentaba,
florecer entre nieves y capullos
como un cuadro de Dios en la mañana.

Por el silbo del viento que te envuelve
van tus héroes luchando por la patria;
es que tienes historias permanentes
traspasando la piedra y la montaña.

Es aquí, en este suelo sin cansancios,
que se abre vegetal en esmeralda,
que se nos llena la sangre con el polen
que trae la primavera en las naranjas.

Es mi canto, Jujuy, el que yo quiero,
el que más bien quisiera que cantaran
en todas las mañanas luminosas
los clarines de sol de las cigarras.

Es mi canto, Jujuy, el que yo tengo
en todos los rincones de mi casa
y que traigo en la boca con mi agreste
asombro madurado desde Salta.

A LA ALBAHACA

De quiero cantar en coplas
ramito de albahaca verde
pa' que dure el carnaval
hasta el miércoles o el jueves.

Albahaca tierna y fresquita
que creces para diciembre
después con mi corazón
para febrero floreces.

Adorno de los cajeros
los que con vino se duermen
siempre color esperanza
para las viejas alegres.

Albahaca del carnaval
que te codicia la gente
te tienen las casas pobres
en los tarritos de aceite.

Fragancia de tierra fresca
sobre la música de erkes
te carnavalea el Pujllay
la chicha y aguardiente.

Prima hermana del poleo
y media de la pichana
diz que tu madre es la luna
y el algarrobo tu tata.

Si desolada de aloja
se va muriendo la carpa
no le hai' faltar un ramito
de albahaca a alguna guitarra.

Cansada de alcohol y coca
albahaca de flor morada
sobre la panza del bombo
te mueres de madrugada.

Si te bailan los vallistos
enamorando muchachas
se estiran los bandoneones
entre suspiros de zambas.

Yo sé que te vas al monte
corazón de tierra blanda
a rejuntar los coyuyos
y a florecer las bagualas.

Los changos de las comparsas
como estandarte te llevan
y dejan para las mozas
tus hojas en las veredas.

Sobre las piedras te cantan
los cristales de la acequia
y sobre el paisaje abierto
la menta y la yerba buena.

Yo canto por tu color
vegetal sobre la tierra
compañera del maíz
en las humitas salteñas.

Canto tu tallo de vidrio
que es transparente en las siestas
y canto tu voluntad
de hacer fragantes las fiestas.

Cantemos todos, cantemos
con una albahaca en la oreja
para que sigan bailando
las chinitas y las viejas.

A LA CASA VACÍA

A Hilde Fischer

Recuerdo que era de piedras y adobes
aquella casa.
Una tarde nos fuimos y quedó vacía
frente a la plaza.

Adentro, en el zaguán, a cancel abierto,
los escombros,
una maceta rota con raíces rotas
y el asombro.

Era casi verano. Cerramos el taller,
llevamos la garlopa,
y enrollada en un rincón, como esperando
quedó en la sogá de tender, la ropa.

Volví para mirar si no olvidaba
alguna cosa útil;
estaba el patio sin barrer y en la pileta
una camisa inútil.

Sin que a nadie le doliera,
una muñeca rota sobre el toldo.
En la patilla, las últimas cenizas
tapaban el rescoldo.

En la pared del fondo se leía
un sabio pensamiento
y la fecha que fijamos para el día
de nuestro casamiento.

Al tiempo de partir
miré las banderolas.
Del cielo raso colgaban sus harapos
y más atrás, las sombras, solas.

AL GENERAL DON MARTIN MIGUEL DE GUEMES

Una dorada vibración de clarines
anuncia tu presencia,
caudillo y guerrero señorial
de la epopeya de Salta.

En florecidas cenizas de laureles
vuelve tu memoria creciendo cada día.
Padre de la Patria Norte
perpetuando la cumbre de tu nombre
en los altísimos sitiales de la gloria.
Centinela, en los anchos montes late un verde
amanecer de guyacanes
para que transite por la sabia dulce y resinosa
tu eternidad de Héroe.
Para construir tu afirmación de gaucho,
con altivez de jefe y de soldado
galopabas por espinudas hondonadas
rastreado bajo la luna fronteriza
el desordenado corazón del enemigo.

Corajudo y bravío,
enancado en un tropel de varonías,
tu voz anda todavía en las marañas
entre incendios de ponchos
y tensos relampaguear de lazos.

Campeando y combatiendo galopabas
con tus huestes brumosas de barbas
y la selva entera se amontonaba valerosa
con la sangre pertrechada en los cañones.
Flameaban en el oleaje negro de tus cabellos
los estandartes de la victoria
cuando un cañaveral de lanzas enardecidas
restallaban su acero
en el filo de las batallas.

Urdían tus ojos tutelares
las ariscas llanuras del destino
y cargaban rugiendo tus valientes
entre un tremolar de boleadoras y de gritos.

Cuando el triunfo ya se hacía en tu chaqueta
y envainabas tu espada defensora,
una bala traidora te derramó la vida.
Fue entonces cuando en lo profundo de tu mirada
se enardecieron de dolor y de coraje
las piedras y las montañas
un río de espuelas, desde la selva,
dejó caer su llanto silencioso

sobre la creciente encuevada de los guardamontes.

Tu montaraz estirpe de quebracho
anda aún por el rojo de los atardeceres
caracoleando con la luz del sol.

Es por tu memoria ilustre,
por tu casi salvaje intrepidez de hombre,
por todo lo que se te ha desangrado
sobre esta tierra jugosa de pámpanos y estrellas,
que tu nombre tiene palpitación de Patria
y se deshoja reverente
sobre la simiente argentina de tu hazaña.

Titánico y aguerrido, tu ejemplo
se desfleca por siempre en los fogones.

A LAS VIÑAS CAFAYATEÑAS

Dios estuvo aquí
cuando plantaron la primer semilla
o el gajo padre;
cuando sus tallos se abrieron
sobre los arenales;
cuando el valle sintió,
desde el lecho de sus aguas enterradas,
que nacía el fruto más antiguo
de la tierra.

Los medanales dieron paso a las simientes bíblicas,
crecieron los pámpanos en la mica salitrosa
y el hermoso sol del valle calchaquí
se hundió hasta las raíces de las parras
para que en cada verano
sus senos se llenaron de luz y de dulzura.

Con el zumo de las vertientes
la tierra cafayateña subió por su savia
y la luna, desde entonces,
le dejó su manto platinado y maternal.

Los ríos de las montañas
treparon bulliciosos a sus sarmientos
y se aserraron los algarrobos
para recibir en sus maderas
a sus vinos ciegos.

Veo pastoras, hilanderas y silenciosas,
entre las serpientes azules de las acequias,
entre las rocas grises, mudas y eternas
bajo sombras verdes
donde cantan pájaros y coyuyos
festejando cada amanecer que llega.

Viñas cafayateñas:
hermanas del pan que nace en los trigales,
madres de las cubas
turbias por los vientos colorados,
por agostos resecos;
añejas desde la piel.

Por sus ojos rubios,
las uvas que cuelgan de sus brazos
contemplan la embriaguez dormida en los toneles y
al amor, que acariciando su sombras,
se esconde entre los molles y los álamos.

Por todo esto canto
con las manos abiertas,
para que con sus lágrimas
el rocío amase el barro de las tinajas
y el dolor de las bagualas;
para que toda la miel que encierran los racimos
llegue hasta las bodegas de mi sangre
llenándome de paisajes y de siembras nuevas.

AL GAUCHO

De vengo a nombrar aquí,
en estos arenales cálidos,
junto al fuego donde nacen las salamancas
con su música de cajas y violines asustados
en medio de la noche vaporosa,
y como tanteando me arrimo a tus guardamontes
metiéndome fervoroso y asombrado
en los profundos cauces de tus venas
donde hierve tu enorme palpitación de gaucho.

Aquí, sobre la generosidad de esta tierra
bajo las sombras tropicales y los abiertos páramos
es donde tu barba castellana humaniza este paisaje
de guayacanes y de rastros.

Con la piel quemada te hundes en los surcos
–sembrados de pájaros–,
para que la seguridad de los frutos
vuelva con todos los veranos
a devolvarte las esperanzas que ruedan silenciosas
en los filos del arado.

Tú, que tienes las estrellas por techo
y por pared los lapachos
te hundes monte adentro sólo con tus perros
entre chaguarales y arañado,
cuando con el grito estremecido desenrollas tu lazo,
y vas de corrida en corrida
con el sombrero requintado;
y porque aquella vez, al comenzar la Patria,
tu montaraz costumbre de paisano
se alzó en un tropel de boleadoras y tacuaras
siguiendo a Güemes, el jefe provinciano,
y con el río argentino de tus espuelas
se cubrieron de gloria los ponchos colorados
mereces que se te nombre en alabanzas
y con el pecho en alto.

Tú, que sabes que la baguala
es la encarnación más dolida del canto
y que sale jubilosa cuando los carnavales de Salta
vuelven por la luna colorada de los chacos
nombrándote en cada copla
para festejar tu corazón enamorado.

Abriendo picadas, tu machete se queda
en las manos duras de los tobas y los chiriguanos
y de repente, en los ojos de brasa amarilla de los tigres
sorprendes a la muerte, acechando.
Tu puñal, entonces, es un gajo de coraje
en el vértice azulado de un relámpago.

Quién sabe desde que varonías recias
viene tu estirpe de domadores guapos
cuando tu baquía, por la selva oscura,
se entrevera en el mugido de los toros acorralados.

Puestero solo, señor de las serranías,
curtido arriero de los altiplanos,
hachero impenetrable,
canteador de quebrachos,
bajo de este cielo luminoso, sobre esta tierra
ardiente y asoleada entre los relinchos ariscos de los caballos
quedará tu nombre para siempre
creciendo y floreciendo como un árbol.

AL CARNAVAL SALTEÑO

A Don Marcos Tames y Juan José Salvatierra. "El Patito".

Qo soy, Carnaval, el que viene a compartir tus viejas alegrías,
tu deseos lúbricos y ardientes.

Soy el que esconde sus tristezas detrás de una máscara de hollín
y el que saca a relucir su pañuelo en el polvoriento socavón de las carpas.

Soy el que vuelve siempre balbuceando sus coplas, oloroso de abahaca,
hecho baguala cuando la luna de febrero se asienta en los parches de las cajas.

Vengo a saciar mi sed en las vasijas donde fermenta
el otoño de la algarrobas o en las tinas donde hierve
sin descanso la ebriedad de la chicha.

A cantar en tus noches enharinadas y pegajosas, bárbaras y tremendas,
bebiendo en cada vaso un pedazo de dicha escondida y palpitante.

Canto a tus jinetes corajudos, al grito que se humedece de estrellas
y rocíos, a los bailarines que repiquetean las chacareras
por el ronco trepidar de los bombos y en la cuerda animal
de los violines hechizos.

Estoy en los bandoneones hecho zamba y soy como el pañuelo
que vuela una airosa galantería.

¿Qué escondes, a veces, carnaval, en la cretona de tu antifaz?
¿Qué encanecidas timideces vuelven a liberarse con tu locura?

En cada dalia que se marchita están envejeciendo tus ojos
ardidos y pensativos.

En el sopor de tus siestas, en tus cálidas resolanas,
cuando comienzan los musiqueros a desgranar sus guitarras
y los cantores echan al aire una tonada cualquiera
–para rendir tributo a tu presencia puntual–,
es cuando yo también me entrevero aturdido
para recibir el gozo que nos brindas.

Alzo mi copa y pienso: Que el papel picado es un puñadito
de arco iris desmenuzado, enjoyando las testas de las mascaritas.

Que el tiempo ido de las serpentinas es un recuerdo tanguero
deteniendo su compás en el olvido melancólico
de los coches de plaza; y que por entre sus patas de engrudo
el diablo hace bailar los cascabeles de su cola,
mientras su carcajada empaña los espejos de los caciques.

Te miro en las manos gredosas de los alfareros, que por el ají picante
y la harina amasada de las empanaderas, desde el cielo multicolor
de los banderines, en las mujeres solas que aparecen
y regresan contentas.

En los ojos de los caballos cansados y hambrientos,
escuchando caer la lluvia que arrastra peces y barrancas.

Te veo en los hombres retraídos, que para este tiempo
sacan a relucir sus entusiasmos y destapan del corazón
los instintos de la carne.

Siento tu frenético desborde en el olor de la piel sedosa
de los duraznos y saboreo tus vendimias en los valles,
bajo la sombra amarilla de los carnavalitos floridos.

Soy de esos que están en las orillas, vestidos con tus mismos
harapos, pero que para tu fiesta se ponen lentejuelas
y una flor colorada en la solapa.

Por todo esto es que mi voz se entona,
que es como una chaya llanera y salitrosa, como una vidala profunda
escondida entre los guayacanes y los cedros.

Mi voz, de repente, es un alarido poblado de pájaros y duendes
que se abraza a los palenques y al cinc de los boliches
o que se pierde entre los tules y el plumerío de los corsos.


Soy como el destino de música que tienen los quirquinchos,
como el vino que retoza en las bodegas antes de su dulce añejamiento,
y es por eso que canto:

*Canto junto al mugido de los toros,
al lado de la esmeralda descarnada de los últimos coyuyos
que cierran el verano, en la fragante nostalgia de los pomos estrujados.*

Mi voz quiere tener el mismo sonido del agua con que los enamorados
se baldean, y dejar el testimonio amanecido de su apasionado fervor
cuando vienes, Carnaval, a desenterrar los júbilos de mi sangre.

A SALTA

Víctor Manuel Hanne

e canto a esta tierra por lo que dan sus simientes,
por el sueño laborioso de sus habitantes,
por el empeño que ponen al abrir los surcos
donde luego los frutos agrandan el paisaje.

Canto al claro del aire sobre las frías cumbres
porque de aquí las estrellas, en su eterno viaje,
derraman cuarzos de luz y plata anohecida
sobre las espinas crueles de los cardonales.

Y quisiera ir también hacia su territorio alto
al negro silencio de los cóndores que pasen
por esos cielos inmensos de la extensa puna,
sitio de las vicuñas y de los minerales.

Hermosa geografía del esplendor de América.
Vuelvo en el sabor amargo de los tabacales,
con el verano ardiente de la ganadería
y en los ríos barrocos donde fecundan los bagres.

Que mi canto vaya ahora por las verde viñas
y por los racimos nuevos que endulzan los valles
mientras una mansedumbre de espigas doradas
en las siestas calientes han de volverse panes.

Creo en todos los hijos y en sus generaciones
en el musgo, en la flor y en el vigor de los árboles
y junto a las cenizas de mis antepasados
levanto los tonos de mi voz para cantarle.

Con la Cruz y la Espada la ha fundado
don Hernando de Lerma, en la certeza
de que estaba iniciando la grandeza
de este suelo por siempre iluminado.

A esos signos del tiempo señalado,
Martín Güemes, desde la selva espesa,
le puso su valor y su entereza
de gaucho, de señor y de soldado.

Y así creció como los bosques, fuerte,
o como el agua que al correr convierte

en un límpido arroyo el manantial.

Y en su suerte de pueblo americano
tiene sangre del bravo castellano
y del indio su médula esencial.

INDICE

Al Rio Bermejo	6
A Jujuy	8
A la Albahaca	9
A la Casa Vacía	11
Al Gral. Dn. Martin Miguel de Güemes	12
A las Viñas Cafayateñas	14
Al Gaucho	16
Al Carnaval Salteño	18
A Salta	20